

17337

Amigos de la Ciudad

*Homenaje tributado al Dr.
José Luis Tejada Sorzano,
con motivo de habersele
acordado la Medalla al
Mérito del año 1935.*



LA PAZ.

IMP. ARTISTICA - AYACUCHO 237

01260

Amigos de la Ciudad

*Homenaje tributado al Dr.
José Luis Tejada Sorzano,
con motivo de habersele
acordado la Medalla al
Mérito del año 1935.*



LA PAZ.

IMP. ARTISTICA.—AYACUCHO 227

Inventario No. 001483

Stencil No. 28-6-85



Excmo. señor José Luis Tejada Sorzano. Presidente Constitucional de la República, a quien los Amigos de la Ciudad concedieron la Medalla al Mérito de 1935 por su eficaz labor gubernativa y por el impulso que dió a la defensa nacional, en momentos de grave peligro en el Chaco, a la vez que por las felices gestiones de paz realizadas, bajo su dirección, por la delegación boliviana en Buenos Aires.

Medalla al Mérito de 1935



Medalla de oro que le fué impuesta al Dr. Tejada Sarzano por los «Amigos de la Ciudad», el 16 de Julio de 1935. Es obra del artista grabador Luis C. Fernández. Al mérito intrínseco de esta joya, se añade la de ser una bella estilización de motivos tiahuanacotas. Igual medalla fué concedida en años anteriores a los ciudadanos Belisario Díaz Romero, Jorge Saenz, Juan María Zalles, Abel Iturralde, Bautista Saavedra y Alberto Palacios.

PREAMBULO

Los «Amigos de la Ciudad» otorgaron este año la Medalla del Mérito al ciudadano Dr. José Luis Tejada Sorzano, a la vez que al Ministro de Relaciones Exteriores Tomás M. Elío y al Jefe del Ejército en campaña, General Enrique Peñaranda.

Las razones que movieron a los Amigos para acordar estas distinciones se hallan explyadas en la siguiente resolución, adoptada por unanimidad de votos;

Los «Amigos de la Ciudad»

Considerando:

Que ha sido instituída por la Asociación una Medalla de oro para el ciudadano que hubiera trabajado, durante el año, tesoneramente por el progreso de la localidad, que es una de las formas de contribuir al bienestar de la nación toda;

Que concluída la guerra del Chaco es indispensable detenerse ante la acción desenvuelta en ella a fin de destacar ante la Nación a los más altos exponentes que hayan contribuído mejor a la defensa del país;

Que está en la conciencia de los bolivianos la obra esforzada del Presidente de la República, que al ser llamado por el país para asumir su dirección en momentos de extrema gravedad, puso en ella eficiente aporte de su patriotismo, aunando todas las voluntades e intensificando la defensa nacional;

Que el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Tomás M. Elío, ha trabajado tesoneramente por el restablecimiento de la paz en América, obteniendo el reconoci-

miento de nuestros legítimos derechos por los representantes de los países mediadores;

Que ha sido descollante la conducta del General de División, don Enrique Peñaranda, quien, habiéndose hecho cargo del Ejército en circunstancias difíciles, lo ha conducido con alta comprensión de sus deberes militares;

Que, por último, tratándose de tres eminentes ciudadanos pacíficos que han tenido en sus manos la suerte del país y afrontado la guerra con serenidad y entereza, afirmando gallardamente el concepto de la justicia porque ha luchado Bolivia durante toda su vida republicana.

RESUELVEN:

Otorgar por esta sola vez, y por tratarse de tres gestores de acontecimientos memorables para la patria, tres medallas de oro a los siguientes ciudadanos:

1º.—Al Dr. José Luis Tejada Sorzano, como reconocimiento por su excepcional labor administrativa y de gobierno, dentro de la que no han sido ajenos los progresos materiales de La Paz.

2º.—Al doctor Tomás Manuel Elío por el brillo con que ha representado a la Patria en las conferencias de paz realizadas en Buenos Aires.

3º.—Al General Enrique Peñaranda, con o reconocimiento por su esforzada labor en toda la campaña del Chaco, en la cual demostró su alta idea de la responsabilidad y del deber militar.

Es dado en la ciudad de La Paz a los 12 días del mes de julio de 1935.

Tradicionalmente, la entrega de los galardones de la Institución se efectúa el 16 de Julio. Por estar ausentes de la localidad, en servicio de la patria, el Dr. Elío y el General Peñaranda, la sesión solemne realizada este año fué honrada únicamente por el Dr. Tejada Sorzano.

La ceremonia fué digna del grato acontecimiento, que ha dado oportunidad al Jefe del Estado para referirse en términos elocuentes a su misión histórica en el gobierno.

Inaugurada la asamblea de los «Amigos de la Ciudad» por su presidente don Humberto Muñoz Cornejo, invitó a don Alberto Palacios, que el año anterior fué merecedor de análogo premio a su obra por La Paz, para que imponga la preciosa medalla en el pecho del ciudadano Tejada Sorzano. Al hacerlo, el señor Palacios delineó en términos magistrales la personalidad del actual Presidente.

Por tratarse de dos documentos de gran interés, los «Amigos de la Ciudad» han creído oportuno reproducirlos y a ello obedece el presente folleto consagradorio de los méritos insignes de uno de sus miembros más conspicuos, que no sólo honra al terruño, sino también a la patria.

Exigencias de tiempo nos privan del placer de insertar los discursos notables pronunciados en la misma oportunidad por los consocios Dr. Roberto Zapata, que tuvo a su cargo un interesante trabajo de divulgación histórica; Teniente Coronel Alfredo Santalla Estrella, que rindió un bello tributo de elogio a la personalidad de otro consocio de los «Amigos de la Ciudad», el Mayor Pabón, muerto gallardamente en acción de guerra; y Roberto Prudencio, que habló sobre la función de las bibliotecas públicas y la necesidad de que en La Paz sean refundidas las tres bibliotecas oficiales.

Este último tema sirvió para que el Presidente haga saber que se había adelantado a los deseos de Prudencio, disponiendo que una comisión de ingenieros estudie la posibilidad de transformar uno de los templos locales en biblioteca. A la vez expuso cómo son las bibliotecas en otras partes del mundo y cómo esos templos del saber congregan a todos los hombres ansiosos de superarse. Prometió, finalmente, poner su máximo

empeño para el logro del Ideal de dotar a La Paz de una buena biblioteca, así como a todas las ciudades importantes de Bolivia.

Los «Amigos de la Ciudad» se sienten orgullosos de haber promovido las declaraciones del doctor Tejada Sorzano, que, por la fuerza de su mérito, están llamadas a figurar en lugar preferente de nuestra historia, como la expresión honrada y austera de quien se ha distinguido en todo tiempo por su ascenderada probidad y sabiduría.



Discurso de Don Alberto Palacios al Entregar la Medalla de los Amigos de la Ciudad al Dr. José Luis Tejada Sorzano

Señor Presidente y querido compañero:—Compañeros:

Los Amigos de la Ciudad, me han encomendado la honrosa misión de colocar la Medalla del Mérito, que la institución concede anualmente al ciudadano que más se hubiera distinguido por sus servicios a la colectividad, distinción que ha recaído esta vez en la persona del doctor José Luis Tejada Sorzano, actual mandatario de la República.

Por feliz coincidencia, en este aniversario paceño, una de las columnas espirituales de los Amigos de la Ciudad, a la que pertenece como socio fundador y valioso animador, es al propio tiempo el ciudadano que hoy preside los destinos de la nación, hecho por demás significativo que todos los amigos aquí reunidos, celebran fraternalmente, en este solemne momento histórico en que se deciden los destinos de la patria boliviana.

Y es también oportuno destacar que ha correspondido a un miembro de esta colectividad social, al doctor Tomás Manuel Elío, otro de los elegidos por los Amigos de la Ciudad, encauzar y dirigir las negociaciones diplomáticas que han culminado con el protocolo de Buenos Aires, anticipación de una paz honrosa y estable para la república en lo que se refiere al pleito del Sudeste.

Y en este año histórico, en que nuestra agrupación rinde su justo homenaje a sus mejores hijos, ha querido también conceder un galardón al General Enri-

que Peñaranda, que desde un puesto subalterno llegó al cargo supremo de General en Jefe del Ejército por su abnegado esfuerzo, equilibrado criterio y valor imponderable, demostrados en las acciones culminantes de los últimos tiempos de la guerra, que dieron como resultado poner coto a la invasión del enemigo.

En 1825, después de los cruentos esfuerzos de quince años de lucha, una porción del territorio americano alcanzó su libertad política de la Corona de España, viéndose al frente de graves problemas de carácter público para poder constituir y asegurar la vida de la nueva república. Puede decirse que ninguna otra época en nuestra historia, como la actual, halla su paralelo con aquella excepcional de la emancipación en que fué necesario afrontar trascendentales resoluciones de orden público y organizar sabiamente los servicios del nuevo Estado.

En ese entonces, existían fuerzas divergentes en lo filosófico, en lo político y en lo social, cada una de las cuales pretendía imponer su propia ideología para fundir en ella la forma de gobierno correspondiente; y sólo la cordura y previsión de los creadores de la nacionalidad, pudo unificar esas tendencias opuestas, haciendo surgir la república boliviana.

Análogamente, la guerra del Chaco, es una sacudida formidable, material y espiritual, que puede transformar mucho de la actual estructura política y económica del país, porque la juventud que antes del conflicto vivía indiferente o pasiva ante los problemas del Estado, hoy, purificada con el abnegado sacrificio de muchos de sus miembros, y fortificada en las duras pero enérgicas lecciones de la guerra, es una nueva fuerza que reclama su derecho a intervenir en los destinos del país y que ha de aportar la contribución decisiva de sus núcleos sociales.

Si la guerra, por un lado, significa desgaste, porque el país ha consumido rápidamente todo lo que acumuló en muchos años: existencias en oro, reservas bancarias, stocks de mercancías y todo lo que forma el pa-

trimonio económico de una nación, pudiendo decirse que ha quedado desnudo después del enorme esfuerzo de tres años de campaña en el Chaco; ese mismo látigo que nos ha castigado tan rudamente, ha sido, por otro lado, el impulso creador de una nueva economía, porque de las necesidades bélicas que había que satisfacerlas a toda costa, ha brotado un movimiento industrial que hubiera tardado lustros en iniciarse. Así vemos hoy la multiplicación de las industrias, la expansión de la política caminera destinada a vincular todas las regiones de la república, el estímulo a las faenas agrícolas, y acaso, lo que es más importante, el haber llevado la fuerza del centro del país a una de las zonas más ricas y fecundas de la nación, como es el departamento de Santa Cruz, que ha iniciado toda una era de prosperidad económica, para lo cual me basta con dar un ejemplo de esa transformación: la producción arrocerá, que en solo dos años, está en situación de abastecer las necesidades del ejército y de todo el país.

Hombre público de amplia visión, mentalidad comprensiva de todas estas ideas, tanto en lo que se refiere a una renovación en la estructura política, social y económica de la república, como en lo que atañe a la reconstrucción de la vida nacional, es nuestro compañero don José Luis Tejada Sorzano, que en el corto tiempo de pocos meses ha desempeñado la compleja tarea del gobierno, conduciéndonos a la paz internacional y a la armonía interna.

Tejada Sorzano asumió el poder cuando la nación se encontraba en situación crítica, frente a problemas que parecían de imposible solución, especialmente en el orden económico, al que dedicó sus mejores conocimientos y esfuerzos, logrando obtener recursos suficientes para proseguir la lucha armada y también para preparar al país a un reajuste de sus posibilidades futuras, con un ponderable sentido de la realidad y una absoluta consagración a estos graves problemas de Estado.

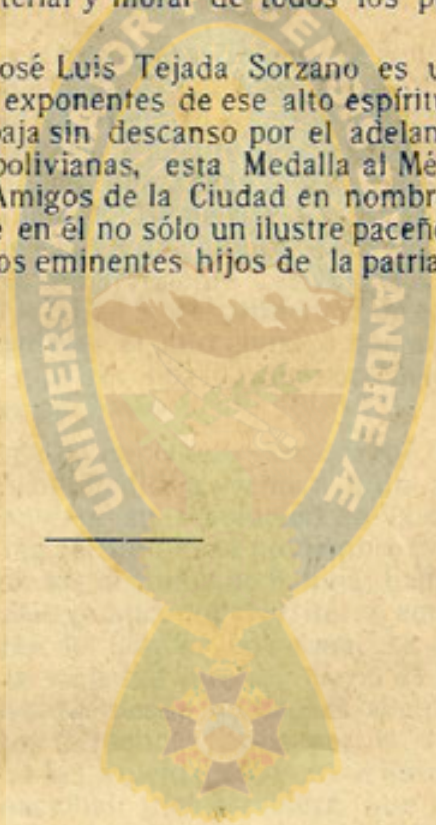
Esta labor no fué un obstáculo para que, como complemento de su patriótico ideal de restaurar la economía nacional, el actual mandatario diese preferente impulso a una amplia política de progresos materiales en toda la república, especialmente en cuanto se refiere a caminos y obras públicas. Así, se halla empeñado intensamente en que se lleve a efecto todo un programa de construcciones para modernizar Santa Cruz y realizar obras análogas ya proyectadas para el adelanto de Chuquisaca, Tarija y Cochabamba. Entre esas muchas obras que revelan al estadista preocupado por el progreso de los pueblos, sobresale, tal vez, como magna obra, el camino al Bermejo, hacia las Juntas de San Antonio, de vital importancia para incorporar comercial y prácticamente esos ricos territorios a la nacionalidad, aprovechando su mayor riqueza, o sea, la del petróleo que vendría a llenar una de las necesidades más sentidas, al proveer de esa materia tan indispensable a las industrias y a la agricultura en todo el país.

Si el doctor Tejada Sorzano, ha hecho un gobierno eminentemente nacional, no ha descuidado por ello sus deberes de buen paceño, y como digno miembro de nuestra asociación, se ha caracterizado por el celo con que ha velado por los intereses de nuestro departamento y de nuestra ciudad. Así, por ejemplo, frente a la catástrofe causada por el desborde del Choqueyapu, fué necesaria marcada energía para reparar los graves daños y evitar nuevas amenazas a la población. En este sentido, fué decisiva la influencia y actividad del doctor Tejada Sorzano, quien se interesó personalmente en la financiación de parte de los fondos que se requería para dichos trabajos, que representarán sumas ingentes, hasta conseguir la seguridad total que se busca para la ciudad. En otros aspectos relativos a obras públicas y camineras, se ha destacado también su espíritu de trabajo y de ayuda a la tierra natal que distingue al actual mandatario.

Los Amigos de la Ciudad, que primeramente sólo encauzaban sus actividades hacia una tendencia de

mejoramiento de la localidad, han superado sus primitivas ideas, preocupándose también de las necesidades generales del departamento de La Paz, y finalmente, tienen el orgullo de dar hombres que a la par que se preocupan y trabajan por el logro de las justas aspiraciones del terruño, tienen también una amplia comprensión de los problemas nacionales, interesándose, como paceños, por el progreso material y moral de todos los pueblos de la república.

Como don José Luis Tejada Sorzano es uno de los más calificados exponentes de ese alto espíritu cívico que lucha y trabaja sin descanso por el adelanto de las colectividades bolivianas, esta Medalla al Mérito se la imponemos los Amigos de la Ciudad en nombre de la nación toda, que vé en él no sólo un ilustre paceño, sino también a uno de los eminentes hijos de la patria boliviana.



Discurso del Dr. José Luis Tejada Sorzano

Señor presidente de «Los Amigos de la Ciudad»;
estimados consocios:

La distinción extraordinaria de que me hacen objeto hoy día los «Amigos de la Ciudad», llena mi alma de gratitud imperecedera. Hallo su determinación animada de generosidad singular e inspirada en elevados sentimientos de nacionalidad, que, pasando por encima de la persona que es objeto del homenaje, va encaminada a la exaltación de un momento que ha sido sin duda único en la historia generalmente convulsionada de nuestra patria. Ahí localizo la trascendencia de este acto, y en él quiero enaltecer el alto civismo que anima a la sociedad, a la vez que reconozco cuán poco merecido tengo el honor que se me hace.

La sociedad me ha declarado merecedor de la medalla que anualmente dedica a premiar a un servidor público. Fundamenta su resolución en la actuación que el destino me señaló desde noviembre del pasado año para presidir los destinos de Bolivia; halla dignos de particular aprecio público los fructíferos empeños puestos para armonizar la familia boliviana; se afirma en la resolución de la sociedad que soy digno de la distinción porque intensifiqué desde mi llegada al gobierno la defensa de nuestros derechos fiados por el azar de los acontecimientos a las crueldades e incertidumbres de una guerra internacional; y se establece que mi actuación gubernamental no ha sido extraña a los adelantos de la ciudad.

Hay en toda esa enumeración de accidentes la catalogación de una serie de hechos históricos vividos por todos nosotros en horas de suprema ansiedad. Permitidme, entretanto, analizar de mi parte cual fué la génesis de todos esos episodios de la vida nacional que tan decidida influencia han tenido para traernos a la situa-

ción que ahora disfrutamos, alentados por nuevas y fundadas esperanzas de restauración patria.

Antecedentes de la Situación Actual

Llegué al gobierno inesperadamente, empujado por un austero sentimiento del deber que, con ser grande y ser inexcusable, hallaba obstáculos serios para ser cumplido. El espectro de la anarquía turbaba las conciencias. En los tres años anteriores, el exclusivismo político había creado hondo malestar. La guerra tan ardientemente aceptada y tan porfiadamente continuada, no había logrado objetivos militares ni políticos fundamentales. El ejército, bastante mermado en efectivos y material, parecía también minado por divisiones que dificultaban su acción. Una crisis política en tales condiciones venía a representar el elemento corrosivo por excelencia para disolver y desintegrar una sociedad como la nuestra, trabajada por las pasiones, debilitada gravemente en su economía y pobremente protegida por la poca fortaleza de su disciplina espiritual y de su conciencia cívica.

Sólo la unión de todos podía dominar esa grave amenaza de naufragio para la patria. Busqué esa unión con la ansiedad del facultativo que, agotados todos los recursos, fía la vida de un ser querido, en los efectos poco seguros de una inyección suprema. El país respondió a mi llamado, con fe, con decisión, sin reserva alguna. Pueblo, ejército y agrupaciones políticas, se unieron en un haz de voluntades, que sólo los grandes peligros suele engendrar, y el país se salvó. A él es que corresponde el honor todo, y el provechoso resultado de esa horas vividas con congoja indescriptible.

Multitud de veces había expresado yo, con sinceridad patriótica, que era precisa la unión de todos los bolivianos, sobre todo desde el estallido de la guerra para sostener la vida de la república y hacerla fructífera. El exclusivismo político de un lado, y la desconfianza tan hondamente arraigada en nuestros espíritus por

una tradición de criollismo insincero en materia política, hicieron que mi voz se ahogara y no fuera escuchada.

En noviembre pasado, era pues un hombre tildado acaso como político a la vieja usanza, quien hacía un llamado supremo de unión a todas las fuerzas vivas del país. Pudieron también la desconfianza y la suspicacia, poner entonces en duda la sinceridad de mis propósitos y de haber ello sucedido, yo, forzado por la situación, habría debido encarar el gobierno a base también de extremismo político, hostigado por todas las fuerzas adversas, tornando la administración en un semillero fecundo de hostilidades, de persecuciones, en suma, de disolución nacional. Tejada Sorzano había reiteradamente expresado que no comulgaba con la vieja escuela de encarar la vida política, y había manifestado persistentemente, que sólo la tolerancia, la cooperación y una solidaridad perfecta en el sentimiento público podían aliviar la República del complicado nexo de sus males. Pero, ¿no era acaso esa la prédica que en más de una ocasión había escuchado el país en las horas de propaganda política, propicias para la insinceridad y apropiadas para el engaño? ¿No se repetiría con el hombre a quien el destino traía de improviso ante la expectación pública, un nuevo caso de decepción y de ultrajante mofa a sus sentimientos? Afirman los teólogos que la fé, es la que salva las almas. Diría parodiando la frase, que la fe colectiva salvó la república en noviembre, de precipitarse en el abismo de la anarquía. El país me dió pruebas de confianza, y por medio de ella, pudo comprobar la sinceridad de mi pensamiento, y valorar la sana intención de mis llamados de concordia.

Me hacéis pues, colegas y amigos, objeto de una distinción que honra tanto como a mí al país, que en el momento más angustioso de su vida, puso de su parte todo cuanto le fué pedido, correspondiéndole por consiguiente a él, y no a mí, la más alta honra y el crédito mayor por la manera gallarda como supo sortear el grave problema político que se le presentó al término inesperado del Gobierno Salamanca.

La Defensa en el Terreno Militar

Fundamentáis vuestro homenaje en la forma decidida como intensifiqué la defensa de nuestro honor en el terreno militar. Recordad los hechos. El ejército había sufrido contrastes graves. La prolongación de la guerra, había permitido a la inclemente naturaleza del Chaco hincar sus garras en el cuerpo de nuestros combatientes. El enemigo hizo en todo tiempo derroche de mortíferos elementos bélicos, pero las estadísticas nos muestran que el porcentaje de muertos por causa de proyectiles ha sido insignificante. En cambio, nuestras bajas por causa de enfermedades de la región, intensificadas por la aglomeración de hombres, y agravadas por la dificultad material de prevenir tales dolencias, nos han arrebatado un ejército.

Luego, la impreparación de nuestro soldado para batallar en un medio totalmente extraño y diferente del suyo en topografía, en vegetación, en clima, en alimentación y hasta en calidad de suelo, había determinado la pérdida de formidables efectivos cautivos en poder del enemigo. La alternativa era dura: ir al desastre o imponer al país nuevos y supremos sacrificios. Supe siempre que el camino del honor es el camino del sacrificio y no vacilé en pedir al país fortaleza para avanzar por él, lacerado como estaba, sin reparar en medios. Tenéis, sin duda, presente la expectativa de congojas con la que comenzamos el año corriente. Era preciso no engañar al país acerca de la gravedad de la hora; tomar resoluciones rápidas y trascendentes y, sobre todo, era necesario pedir a los bolivianos nuevas y dolorosas contribuciones de sangre y caudales.

La Acción del País

Nada puede ofrecer mayor resistencia en los hogares que una guerra prolongada, cuyos objetivos finales van ocupando planos alejados e inciertos. Pedí a todos esos hogares entristecidos y donde el optimismo por la campaña se había amenguado grandemente que ofrendaran nuevas privaciones a la patria. Decretamos una movilización general. El país respondió en forma brillante. Me dirigí luego al ejército, y en tono de plegaria por el bien de la patria solicité que él se uniera estrechamente, que depusiera todas las causas aparentes o reales de rivalidad y las diferencias que una campaña tan movida no podía menos que haber engendrado. El ejército acogió mi pedido en forma tan patriótica que importa, a mi juicio, para él un timbre más legítimo de prestigio. En derredor de la figura prestigiada del General Peñaranda, hábil conductor de hombres, se agruparon todos nuestros jefes militares, sosteniendo en alto la enseña patria, y con el concurso de todos, fué fijada la línea de la cual el enemigo no pasó, y hasta la cual, infelizmente, no llegó con el ímpetu de ataque que pregonaba, pues allí, frente a esas líneas, hubiera sido seguramente aniquilado.

Me hacéis pues el honor de elogiar en mí episodios de la campaña, para los que reclamo yo todo reconocimiento en pro del pueblo de Bolivia que no obstante tener su corazón torturado y sangrante, no escusó los servicios que le pedí en nombre de la patria, y para el ejército, que unido y fuerte terminó la campaña en la forma decidida y heroica que de ser empleada en sus primeras etapas, habría seguramente consagrado el triunfo definitivo de nuestras armas.

El Proceso de Pacificación

Y finalmente, llegamos por ese camino de firmeza a dar los pasos iniciales en el proceso de pacificación del Chaco. El pacto de Buenos Aires ha materializado y ha capitalizado todo lo que anteriormente dejo analizado. Le ha servido de fundamento el grande amor que Bolivia demostró por el orden y por sus instituciones. Se han encarnado en ese pacto los éxitos militares del ejército y las líneas invulnerables que él eligió para nuestra defensa y que demostró que se halla en condiciones de defender con pleno éxito; finalmente, han integrado ese pacto los sacrificios todos de nuestro pueblo, y su decisión invariable para no escatimar más sacrificios por dolorosos que fueran, mientras alcanzáramos el plano superior de derecho y de justicia que el protocolo de Buenos Aires importa. Todos esos factores de orden nacional interno, han tenido, feliz coincidencia con el espíritu de fraternidad, de americanismo y de justificación de las naciones de América, que atormentadas por la persistencia de la carnicería estéril que tenía el Chaco por teatro, pusieron, después de porfiados intentos, todo el peso de sus influencias morales para sentar las bases del acuerdo, que ahora necesita también de su cooperación decidida, para llegar al término de la guerra, por medio de una pacificación ajustada a las recíprocas conveniencias de los beligerantes, y a las nociones inmutables de justicia.

Toda esa conjunción de elementos favorables fué puesta por el destino a mi alcance y todas se han combinado felizmente para llegar al éxito en el que mi parte personal es a todas luces bien insignificante.

Yo os agradezco, pues, rendidamente por el honor insigne que me hacéis, y dejo trasuntadas en las anteriores declaraciones la trama de todos los acontecimientos que en hora para mí feliz pude presidir recibiendo como

compensación de mis hondas preocupaciones y de mis patrióticos anhelos, la satisfacción de ver una y otra vez, desviarse de la patria el huracán de las pasiones e irse con él los gérmenes de disolución que afortunadamente no lograron arraigar en terreno que había sido tan movido y tan fertilizado por los estragos materiales y morales que la guerra representa siempre, aún en sociedades mejor constituídas que la nuestra.

El Porvenir de La Paz

Vuestra resolución alude que mi acción gubernativa no ha sido extraña a los adelantos de nuestra ciudad querida. Me complace que ello sea rememorado. He tratado que lo precario de mi paso por el gobierno quede marcado por alguna huella material perdurable no sólo en La Paz, sino en todos y cada uno de los distritos de la república. Me excusaréis la franqueza si declaro convencidamente que no debemos pensar en que nuestra bella ciudad podrá ser en el futuro una de las grandes metrópolis del continente. Sus condiciones no permiten pensarlo. Bolivia será asiento de enormes ciudades, pero ellas se levantarán en ese Oriente esplendoroso que acabo de recorrer maravillado. La Paz, entre tanto, será siempre una ciudad típica y bella. Debemos aspirar a contribuir a que ella sea limpia, sana, rica y agradable para la vida. Pocas podrán tener en esta parte del mundo mayores encantos para el turismo y ninguna podrá rivalizar con ella en atracciones naturales, como centro de regiones, donde la naturaleza hizo derroche de dones y recursos diversos; la engalanó con un panorama incomparable y los hombres le dieron interés a la vez histórico y comercial.

Obras Públicas

He anhelado siempre para mi ciudad, progresos efectivos y elementos de desarrollo fundamentales. En los cortos meses que he presidido la administración, he prestado el más decidido apoyo a la terminación del Stadium, que desde su iniciación recibió mi más positivo concurso y que terminado ya será un templo dedicado a la cultura física de las generaciones por venir, así como sitio de salud y esparcimiento para todos los habitantes de la ciudad. He auxiliado la construcción de obras definitivas en el lecho del río Choqueyapu, que en el curso del año sorprendió a la ciudad arrabatándole vidas y produciendo enorme pérdida de riquezas. Esas obras se complementarán con la apertura de una arteria moderna de tráfico por el medio de la ciudad y su prolongación hasta Obrajés mediante la reconstrucción total del camino que allí conduce.

En otro orden de actividades sociales he puesto los medios para la organización del Instituto Nacional de Readaptación que permitirá a los mutilados de guerra adquirir nuevas aptitudes y ser así útiles a sus hogares y a la patria; y he sentado las bases económicas y de organización para limitar, prevenir y extirpar el flajelo de la tuberculosis que mina nuestro crecimiento y nuestra fortaleza racial. Serán construídos sanatorios modernos y amplios, y se abrirán dispensarios numerosos para la atención de enfermos menos graves.

Me ha sido dado organizar la Caja de Seguro y Ahorro Obrero, institución llamada a proteger a todos los trabajadores, convirtiéndose a la vez en una palanca eficiente de nuestra economía.

He tenido la suerte de hallar algún desahogo en el Tesoro, lo cual ha permitido no sólo atender los planes anteriores, sino también separar la suma de un millón de bolivianos, para intensificar la educación indige-

hal de ambos sexos, mejorando los institutos actualmente existentes y creando otros en los principales centros indígenas de la República.

La Construcción de un Hotel

Me he empeñado en procurar la construcción de un moderno hotel que sirva de base al turismo y aliente la vida social, y me ha sido placentero contribuir a que Bolivia y la ciudad nuestra, salgan del aislamiento deprimente en que se hallaban, vinculándose por medio de un servicio regular de aviones con la red internacional aérea de comunicaciones.

La Reorganización de la Universidad

Así quedan enumeradas algunas de las obras que mejorarán, lo espero, grandemente, nuestras condiciones de vida. Nuestros esfuerzos de ciudadanos amantes de la tierra en que nacimos deben encaminarse ahora, cuando la desmovilización nos devuelva los elementos humanos necesarios, a la reorganización de nuestra Universidad en forma eficiente y moderna. Necesitamos dotarla de edificios adecuados, de maestros especializados y de laboratorios y bibliotecas que hagan de nuestros títulos universitarios garantía de saber. En lo material debemos resolver el problema del agua, destinándole los recursos económicos necesarios y creando una organización autónoma que se encargue de su atención. Nos es indispensable levantar un edificio moderno y cómodo de correos y telégrafos, que condiga con los progresos de la ciudad y sus necesidades en ese orden. Empeño especial debemos poner en que se continúen y terminen las vías de comunicación que van ha-

cia el Beni y en la prosecución de las obras del ferrocarril de Yungas, con igual destino.

Yo sé bien que «Los Amigos de la Ciudad» aspiran a que todo ese programa mínimo de obras sea realizado, y yo, desde mi condición de ciudadano, estimulado más que nunca por la excepcional distinción de que soy objeto, sumaré mis esfuerzos, confundido con ellos, para lograr que todo ese programa sea realizado en mejoramiento inmediato de nuestra cultura, de nuestro progreso material y del mantenimiento de nuestros prestigios entre las ciudades del continente.

La Unión Nacional

Algo más quiero decir con referencia a mi actuación pública. Ella en parte ha sido también modelada en el seno mismo de la sociedad que hoy día me enaltece. Aquí en el hogar de los «Amigos de la Ciudad» se han congregado elementos heterogéneos por la especialidad de su cultura, por la disparidad de sus convicciones políticas, por la variedad de sus tendencias de renovación. Todos ellos, sin embargo, han amalgamado su esfuerzo y han formado una gran potencia constructiva, tomando como aglutinante de sus voluntades, el más puro amor a la patria grande que lleva la denominación de Bolivia y a la patria chica que es La Paz. Aquí, en el cálido ambiente de vuestras reuniones, supe yo mantener el temple de mi espíritu y alimentar el sano optimismo que en la hora de la prueba, ha sido mi sostén y mi guía. Hay, pues, en mi obra de gobernante una prolongación tangible y pública de todos los sentimientos de nacionalismo y de progreso que en la intimidad de vuestras discusiones y de vuestros acuerdos predominan y que por su perseverancia se asemejan a esas lámparas votivas que los fieles mantienen ardiendo en los altares de su fé para simbolizar la ofrenda sempiterna de sus espíritus hacia el ideal.

«Los Amigos de la Ciudad» con su fuerza espiritual y el ascendiente de prestigio que tan sólidamente han conquistado en la opinión del país, tienen hoy más que nunca el deber de servir de fuerza de estabilidad y de ponderación, de suerte que al tomar la vida nacional el nuevo impulso a que está llamada, después de los tres años de afanes guerreros, podamos afirmar nuestros avances sin sacudidas que importen retroceso y sin violencias que desdigan del estado de civilización que hemos alcanzado. No es aceptable que se distraigan fuerzas y elementos, pues todos deben ser intensamente dedicados a la tarea prometedora y atractiva de reconstruir lo antiguo y de traer a la vida concepciones nuevas de vida y de organización social.

Agradezco a nuestro estimado compañero don Alberto Palacios, por la forma gentil y bondadosa con la cual ha interpretado en esta ocasión los sentimientos de la sociedad para mí, y los retorno cordialmente haciendo votos porque nuestra organización camine hacia sus futuras conquistas con el entusiasmo fervoroso y la acción perseverante que hasta hoy, han distinguido sus actividades.